

EL HERCULES MENIPO.

ARGUMENTO.

Quiere Luciano en este diálogo reprehender generalmente los vicios, con decir las penas que los condenados padecen en el infierno, procurando con exemplos imaginados la detestacion de toda acción culpable: culpa á los jueces, á los poderosos, á los ricos, y á los que ocupando puestos altos transgreden las mismas leyes que promulgan, queriendo que se ejecuten con rigor en los humildes y menesterosos, viviendo ellos mas libremente, y con peores costumbres; y cubriendo con hipocresía innumerables maldades, calificando con nombre de virtudes, grandes vicios. Finge el filósofo, que cansado de la diversidad de opiniones que en la tierra habia, sobre qual era el género de vida mas seguro, baxó al infierno, á consultar un adivino, por no hallar quien le dixese lo cierto entre los hombres: cuenta lo que vió en esta jornada, los excesos de cada estado, y los castigos de cada exceso; sin dexar vicio sin reprehension, ni maldad sin pena: moraliza gallardamente el natural de los hombres, descubriendo camino á cada uno para su aprovechamiento propio; y últimamente dice, que género de vida es mas seguro, mas descansado y mas quieto, cubriendo con donayres graciosos, con ficciones agudas, admirables aciertos, y provechosa doctrina.

Pocos hombres habrá en el mundo, á quien este dialogo no pueda servir de espejo: véanse en él los mas cuerdos: mírenle los que desearan aprove-

ve-

vecharse, porque es digno de saberse para el total remedio de excesos y demasías, para la conservacion del trato humano, aumento del bien público, acierto en las disposiciones, y reformation en las costumbres.

MENIPO. FILONIDES.

Menip. En buen hora te vea yo, portal y entrada de mi casa, deseada habitacion, puerto seguro; y dichoso el dia en que te veo despues de haber vuelto á gozar de aquesta luz comun, de aquesta claridad del mundo. *Fil.* ¿Es por ventura aquel que habla Menipo? sí es sin duda, si no me engaña el vestido que le encubre, él es sin falta, ó yo no conozco á los Menipos, habiéndolos tratado tantos años: ¿mas qué querrá decir aquella nueva forma de vestido? ¿Menipo con maza y lira, con piel de leon, y clava de Hércules? alguna invencion será graciosa, porque las tiene extremadas: quiero llegar á hablarle, para saber el intento de tan desusada librea. Estés en buen hora, Menipo amigo, ¿de á dónde vienes, porque ha mucho tiempo que en la ciudad no te vemos? *Menip.* Vengo de la morada obscura de los muertos, donde penan sin cesar los condenados: atravesé aquellas puertas de amarguras eternas, desde adonde á esta luz que vemos, hay distancia inaccesible. *Fil.* Por Hércules valeroso, que sin saberlo nosotros te debes de haber pasado de esta á la otra vida, y debes de haber resucitado de nuevo. *Men.* No imagines, que fuí muerto, que vivo y sano he baxado á los Tártaros fines, adonde he visto secretos admirables y famosos. *Fil.* ¿Pues qué causa tuviste para hacer jornada tan peligrosa é increíble? *Menip.* Atrevimiento fué, yo lo confie-

so, vigor inconsiderado de la mocedad, propósito sin razon, aunque cumplido no con pequeña causa. *Fil.* Deten un poco, ó generoso Menipo, el trágico estilo con que hablas: dexa, así vivas, de copiar cuentos jambos: guarda para tiempo mas oportuno la cifra de bien medidos versos, y dime por tu vida, ¿qué nuevo traje es este, y por qué razon fuiste al infierno, camino nada apetecible, y jornada poco entretenida y deleytable. *Menip.* Baxé á los tristes reynos de Pluton, por solo oír al adivino Tirisias, para aprender de él algunas cosas, cuya declaracion jamas hallé en la tierra. *Fil.* Pardiez que pienso que estás loco, porque á no serlo, no me respondieras copiando versos de Homero; pues á los amigos no se les ha de decir ficciones, quando desean verdades. *Menip.* No te espantes que esté tan gran versificante, que ha tan pocos dias que dexé la conversacion y compañía de Euripides y Homero, y ellos me hablaron tanto en verso, que no sé que se me hizo la prosa que sabia; y así se me vienen la medida de los versos á la boca. Mas dexando aquesto, por tu vida que me digas, en qué estado estan las cosas humanas en el mundo, qué hay de nuevo en la ciudad, en qué se pasa el tiempo acá en la tierra. *Fil.* Ninguna cosa hay de nuevo, todo se está como de ántes, de la misma manera se vive que solia: los hombres hurtan, juran, son logreros, son viciosos, adulan y murmuran, guardando cada uno su costumbre antigua, sin esperar enmienda de sus defectos y vicios. *Menip.* ¡O desventurados y miserables! bien se echa de ver en eso, que no saben lo que estos dias pasados se determinó en el infierno acerca de sus excesos y desórdenes.

De-

Decretos grandiosos hubo, y particularmente fué notable uno que se publicó contra los ricos avarientos, del qual no podrá librarles su riqueza. *Fil.* ¿Qué me dices, Menipo? ¿es cierto que se ha determinado algo en el infierno contra ellos? *Menip.* Por el alto Júpiter te juro, que no un decreto solo, mas muchos se han publicado: mas no se pueden descubrir estos secretos, porque no haya quien nos acuse de murmuradores en el tribunal de Radamanto; porque este vicio se castiga grandemente en el infierno. *Fil.* No hayas miedo que se sepa, yo callaré quanto dixeres: no temas que te descubra; y pues ha tanto tiempo que soy amigo tuyo, no me encubras lo que en este particular sabes y oiste, porque yo sabré callarlo tan bien, como sé estimar el amor y amistad con que me tratas, ya conocido por tantas experiencias. *Menip.* Dificultosa cosa pides, poco segura y no poco peligrosa: mas por el amor con que te estimo, quiero fiar de tu capacidad y cordura negocios tan importantes.

Has de saber, lo primero, que se libró un decreto inviolable contra estos ricos que tienen mucho dinero, mucha plata y oro mas escondido y guardado, que Danae estaba en su torre. *Fil.* Por tu vida, Menipo, y perdona si te enfado, que ántes que me digas esa ordenanza provechosa, me cuentes, porque deseo saberlo, la causa por qué baxaste á los infiernos; que habia de ser famosa, y de importancia no pequeña, para que disculpe jornada que de tan mala gana la hacen todos: quién, así vivas, te enseñó el camino, quién te llevó á sus puertas, y al fin lo que oiste y viste? porque sin duda serán cosas de grande importancia; pues no es de creer

creer de hombre tan curioso como tú, que se te pasase por alto nada digno de memoria. *Men.* También te quiero obedecer en eso, porque no se puede negar nada á un verdadero amigo. Sabe, pues, Filonides, que lo principal que me animó á tan gran viage, fué que siendo yo muchacho, y oyendo la poesía de Hesiodo y Homero, como viese que cantaban en sus versos guerras, sediciones y albórotos, no solo entre los que comunmente los Poetas llaman Mediodioses, pero aun entre los mismos Dioses, y que á los tales les aplicaban adulterios y violencias, tormentos y castigos, vicios y robos, tener en poco á sus padres, perseguirlos y afrentarlos (maldad la mas detestable que cometen los hombres) casarse hermanos con hermanas; abominacion grandísima, júrote por Hércules, que todo aquesto lo juzgaba por lícito y permitido, viendo que tan graves escritores decian hacerlo los Dioses inmortales: esto era quando muchacho; pero despues que crecí, y tuve entero discurso, he visto que las leyes mandan expresamente lo contrario que enseñan los Poetas, y que vedan y prohiben rigurosamente aquellas mismas cosas, que haciéndolas los Dioses, las juzgaba por lícitas. Mandan las leyes, que se castigue al vicioso y al adúltero, que no se sufran sediciosos ni bandidos, que no se consientan hurtos, ni se permitan delitos. Esta oposicion y contrariedad tan dañosa para nuestras costumbres me traia bastantemente dudoso, sin saber cuál era lo mejor para seguirlo, ni lo peor para dexarlo: finalmente ignoraba, cómo era razon vivir para no parecer inútil, ni culpado: deseaba elegir el camino mas seguro, y totalmente le ignoraba: nunca creí que los Dioses cometiesen adulterios, ni

tu-

tuviesen otros vicios con que nos los pintan los Poetas: nunca que tuvieran envidias, que trazáran disensiones; y dado caso que así fuese que cayesen en semejantes pecados, forzosamente se habia de pensar de ellos que no eran Dioses, ó que aquellas cosas no las reputaban por delitos: uno y otro absurdo grande. Y despues de esto tampoco me atrevia á pensar, que los instituidores de las leyes, aquellos gravísimos jurisconsultos, por cuya cuenta corria el gobierno acertado de la República, hombres doctos y graves, mandáran cosas en todo contrarias á lo que de los Dioses se publica, sino las juzgáran por provechosas para conservacion de la República, y aumento de la duracion humana: porque cierto que es donosa cosa, y muy digna de considerarse atentamente, que se publique de Júpiter, que es vicioso, de Baco, que se emborracha, de Apolo, que se enamora, de Venus que se huelga, de Juno que envidia, de Momo, que murmura, de Marte, que mata, y de Saturno que roba, y que luego las leyes vedan rigurosamente estas acciones por malas y perversas, siendo así que eran propias de aquellos á quien adoramos por mejores: ¿quién juzgará adonde está el engaño, si los Dioses adulteran, y los hombres mandan que se castigue al adúltero? Pues como yo me hallase tan dudoso entre tan varias opiniones, determiné irme á los que en la tierra llamamos filósofos, aquellos á quien aplaude la plebe por doctos y científicos, y poniéndome como dicen en sus manos, me sujeté á su disposicion para que me enseñasen el género de vida mas seguro. Contentísimo buscaba yo á los tales, por parecerme que mis dudas hallarian remedio en su experiencia y estudios; y

par-

pardiez que me sucedió, como dicen, que yendo á huir del humo, dí en la llama: comuniquélos algun tiempo, y notando atentamente su trato, hallé entre ellos suma ignoracia, mucha soberbia, y todas las cosas mas inciertas y dudosas que entre otros hombres vulgares. Vista, pues, la vanidad de los tales, el poco saber que tenian, y la ignorancia y necedad que encubrian debaxo de aquel fausto exterior con que hipócritamente representaban virtud fingida, engaño solapado, y desvergüenza encubierta; verdaderamente que vine á juzgar por siglo de oro el vivir de los idiotas, por vida felicísima la de los que poco saben en comparacion de los filósofos hinchados y soberbios: ¿quién podrá decir fácilmente la diversidad de doctrinas que enseñaban? uno me mandaba que todo yo me diese á los deleytes, y que á ellos solos determinase mi vida, afirmando que en ellos consistia la mayor felicidad; ¡locura grande! porque ¿cómo puede ser feliz lo que es tan malo? Otro contrariando este primero, me mandaba que siempre trabajase, y que domase el brioso natural del cuerpo con ayunos y flaqueza, con trabajos y tormentos, siempre sujeto y humilde á injurias y desdichas. Repetíame aqúeste muchas veces aquellos versos tan celebrados en la edad de Hesiodo, que engrandecen la virtud firme, el trabajo continuado, la ocupacion ordinaria, ponderando quán dificultosa, áspera é intratable es la subida del glorioso monte del eterno descanso. Quál me aconsejaba que despreciase los dineros, teniendo por cosa indiferente la posesion de las riquezas; y no faltaba otro, que siguiendo lo contrario, cifraba en los tesoros la mayor felicidad del suelo. ¿Pues qué te diré de la diversidad de

de opiniones que tenian de la composicion del universo, del qual oia cada dia ideas incorpóreas, substancias, átomos, vacios, y otra cantidad infinita de vocablos, términos y nombres puramente contrarios unos de otros? Mas lo que sobre todo me cansaba y aborrecia, era que arguyendo todos de una cosa misma, la defendia cada uno con razones tan diversas, vendiendo por verdadero lo que decia, y contradiciendo lo del otro; que no sabíamos los oyentes, qual era lo verdadero, ó qual lo falso; porque en defensa de su opinion, traia cada uno argumentos tan persuasibles, razones tan fuertes, similitudes tan llanas, que aumentaban la duda de lo cierto, y suspendian la eleccion de lo acertado; y á mí me aconteció oír á uno afirmar que era una cosa fria, y á otro, que era la misma caliente, y yo no sabia que responderles á ambas, siendo así, que tenia por cierto, que una misma cosa no podia ser juntamente caliente y fria: y así me acontecia en las disputas y conclusiones, lo que á los que estan dormitando en pie ó sentados, que unas veces inclinan la cabeza á un lado, como si afirmarán alguna cosa, y otras la inclinan al otro como si negaran, siendo así cierto, que dormidos nada afirman ni niegan, ni conocen: tal yo suspenso á las opiniones de unos y otros, aunque negaba y afirmaba, no sabia lo que me decia, porque su misma confusion me habia dexado dormido.

Demas de esto, y no es lo ménos detestable y feo, queriendo inquirir sus vidas, y procurando conocer su trato, le hallé tan malo que nunca conformaban sus obras y sus palabras: contrarios eran en todo su doctrina, sus

obras, sus preceptos y la observancia de sus leyes: porque mandando ellos á los demas que despreciasen el oro, que no estimasen las riquezas, yo los ví con insaciable codicia, dando á cambios y tomando usuras: engañaban á quantos podian por el interes que procuraban: no enseñaban á sus discípulos sino se lo pagaban con subidos precios, y ellos mismos se humillaban y abatian á qualquiera oficio infame, á toda ocupacion ordinaria si se la pagaban con dineros. Los que defendian la humildad de despreciar la honra, de huir el urbano aplauso, impulsos vulgares y soberbios, esos mismos andaban desvelándose en soberbias locas, en presunciones vanas, dirigiendo sus acciones á qualquiera sombra de gloria, y á toda estimacion soberbia: no habia ninguno de ellos que no persiguiese á los deleytes de palabra, vituperando su fealdad públicamente, y en secreto, eran los mas deshonestos, exercitándose en todo género de lascibia y de delicia. El saber esto, como te he dicho, me traia confuso y triste; porque habia salido tan falida mi esperanza, que me dexaba burlado adonde ménos pensé que se trataban burlas: pero esta desventura no la pasaba sin consuelo, porque no lo era para mí pequeño, ver que ya que yo me hallase indocto é ignorante, y que habia errado el camino de la erudicion mas importante para enmendarme la vida; al fin era suerte y calamidad comun con muchos tenidos por sábios, y celebrados por doctos, que nunca acertaron á enmendarla. Esto consideraba muchas veces, y como nunca hallaba la certeza que queria, me resolví en ir á Babilonia para platicar estos puntos con alguno de los má-

gi-

gicos que allí viven con opinion de muy científicos discípulos y sucesores del famoso Zoroastro: porque habia yo oido decir algunas veces, que aquellos adivinos y hechiceros, con ciertos encantamentos sabian abrir las puertas del infierno, y entrar allá seguramente á quien quisiesen, volviéndole á traer con la facilidad que le llevaban: porque la traza mas acertada que juzgué yo para alcanzar cumplido mi deseo, era concertarme con uno de aquellos mágicos, para que me llevase á los abismos, por ir á hablar con Tirisias Beocio, sábio y adivino por extremo, y saber del qué género de vida sería mejor y mas seguro en el mundo, y cuál entre tantas tan diversas, eligieron los que verdaderamente fueron sábios. Parecióme acertado este propósito; y así me partí á Babilonia á toda priesa, porque á buscar la virtud nunca se ha de ir despacio. Llegué allá, y aposentéme en casa de un Caldeo, hombre sábio y de singular industria, de cabellos canos, barba larga, agradable persona, y presencia venerable: llamábase Mitrobarzanes, hombre bien entendido y docto: díxele la ocasion que me sacaba de mi tierra: pedíle, que me ayudase para tan dudosa jornada: prometíle quanto quisiese por ver cumplido mi deseo: hízele grandes promesas: díle algunas piezas de estima, y al fin acabé con él que quisiese encaminarme al infierno. Y no parezcan nuevas tantas diligencias para cosa tan detestada de los vivos, que muy ordinario es en el mundo hacer muchos esta jornada, y dar mucho por hacerla: el vicioso da la salud, el mentiroso la honra, el soberbio la locura, el vengativo la vida, el jugador la quietud,

PP 2

tud, el blasfemo la opinion, el envidioso su sangre, y el perezoso su provecho, y al fin todos van á los infiernos dando. Notables fueron las supersticiones que aquel hombre hizo conmigo: lavóme veinte y nueve noches en el rio Eufrates quando salia la luna, haciéndome á las mañanas que viese salir el sol, y él entonces decia nó sé que palabras, que jamas pude entender, y escupióme despues algunas veces en el rostro, llevándome á ciertas distancias cubierto, sin mirar á nadie, hablar palabra, ni abrir los ojos: solas vellotas comimos aquellos dias, y bebimos leche y miel revuelto con muy poca agua: la cama era de yerba, á cielo abierto; y á fe que se pasaba tan desacomodadamente, que á durar muchos mas dias aquel regalo y descanso, á mí se me quitáran del todo los deseos del camino. Mira por tu vida lo que cuesta ir al infierno, y con todo siendo mas barata la virtud y mas fáciles sus caminos, se freqüentaban ménos en el mundo. ¡ó ceguedad humana! ¡ó locura de los hombres! ¿que padezcan trabajos por tormentos, y que compren tan á su costa eternas lágrimas? ¡desdichados de los tales, pues padecen en está vida y en la otra, sin hallar descanso en ambas!

Quando le pareció á mi maestro que estábamos dispuestos para el camino, me llevó una noche con notable silencio al rio Tigris, y me lavó muchas veces, rociándome despues con aguas olorosas, zumos de diversas yerbas, y entre tristísimos rumbos pronunciaba palabras inteligibles, trayéndome sin parar á la redonda, decia él, que para que no me hiciesen daño las fantasmas. Fuímonos despues á casa, no empero por el camino que venimos, y tratamos de

de aperebirnos, para partir con priesa. Mitrobarzanes se vistió una encantada ropa, semejante á las vestiduras con que los Medos sacrifican, y á mí me adornó con estos mismos aderezos: dióme esta lira, esta clava, y estas pieles de leon, mandándome expresamente, que si alguno por el camino me preguntase mi nombre, no dixese el de Menipo, sino que me llamaba Hércules, Orfeo ó Ulises. *Fil.* Dime la causa de esa transformacion en nombre y hábito, porque no me parece muy necesaria para baxar al infierno. *Men.* Eslo mucho, Filonides amigo, porque estos tres que te he dicho, habian baxado al infierno vivos, como queriamos baxar nosotros; y así haciéndome semejante á alguno de ellos, engañaria mas fácilmente de Eaco las vigilantes guardas, y pasaríamos seguros, sin que nos detuviese nadie, cosa cierta, á no llevar aquel hábito y nombre.

Ya comenzaba á esclarecer el dia, quando los dos entramos en el rio, partiéndonos con viento bonancible en una acomodada falua: empezaba el mágico á reiterar los sacrificios y palabras, miéntras yo á fletar matalotage, y al fin zarpamos á la hora conveniente, tristes y llorosos, porque nadie hace alegre aquella incierta jornada. Poco anduvimos navegando, porque muy presto tomamos tierra en una selva agradable, espaciosa; y descansando algun poco, y vueltos á sacrificar á los infernales Dioses, volvimos á tomar el vaso, y atravesando un lago horrible y temeroso, adonde dicen que se esconde el rio Eufrates, llegamos á una region yerma, desamparada y sola, llena de selvas espesas, de matorrales entrincados, y silvestres árboles: allí salimos en tierra, ya yo muy te-

temoroso de la confusion y soledad del sitio: y en cierta parte, adonde señaló el sábio que animosamente me guiaba, hicimos un hoyo en tierra, y en él sacrificamos dos ovejas, rociando con su sangre los solitarios árboles en el fuego de la oblacion. Encendió el mágico una hacha, y ya no hablando entre dientes, sino dando grandes y tèmeras voces, puesto entre no sé qué círculos que hizo, invocaba á los Erines y á las penas, al Ecate nocturna, y á la excelsa Proserpina, mezclando dicciones bárbaras y nombres no conocidos. Á deshora empezó á temblar la selva, articulando el éco temerosos ahullidos, y por el mismo hoyo se abrió la tierra á la fuerza de los encantos, y se vieron visiones espantosas: oíanse claramente los ladridos del can Cerbero, los gemidos de los condenados, el ruido de los tormentos, y nosotros tristes y temerosos estábamos espantados; y no era mucho que así fuese, porque despues supimos, que el mismo Orco, Rey de los estados infernales, temió de la fuerza de los encantamientos en su palacio triste y tenebroso. La abertura fué tan grande, que desde ella se descubrian las mas cosas del infierno: veíase el horrible lago de Flegetonte, los palacios de Pluton y otros prodigios. Entramos animosamente por la cueva, llevando delante el mágico la hacha, á cuya lóbrega luz se veian todas las cosas: hallamos á Radamanto medroso y espantado, así de las confusiones como de habernos visto: el can Cerbero empezó á ladrar, y queriendo levantarse para guardar la entrada, le suspendió la suavidad de mi lira, porque la empecé á tañer muy dulcemente, y él se quedó dormido en oyendo la suave con-

sonancia. Llegamos al lago Haberno, y hubo gran dificultad en pasarle, porque Aqueronte tenía ya llena la barca, adonde se oían lastimosas voces y alaridos horribles: porque todos los que en ella querian pasar á la otra orilla, iban muy llagados y heridos, quál en los músculos, quál en la cabeza y brazos, estropeados y coxos, que parecía que habian salido de alguna cruel batalla: la priesa que habia á llenarse la embarcacion era notable, el ruido mucho, la confusion grandísima, y los gritos lastimosos; pero apénas el viejo Aqueronte, barquero horrible de aquellas cruentas aguas, vió la piel de leon de que iba yo vestido, quando me recibió al momento, pensando que era Hercules, y acomodándome en la barca á mí, y á mi compañero en el puesto mas desocupado, zarpó la embarcacion infernal en las Estigias hondas, y pasando á la otra orilla, el mismo barquero nos mostró el camino por donde habiamos de seguir nuestra derrota. Ya por allí era la obscuridad notable, eterna noche, llena de horribilidad y espanto: y porque no errásemos la senda, iba delante Mitrobarzanes, y yo le seguia tan temeroso, que nunca me apartaba de él un paso: hallámonos de allí á poco en un espacioso prado lleno de gamones, adonde nos cercaron muchas almas, dando alaridos tristísimos, y gemidos dolorosos. Pasando mas adelante, llegamos al consistorio de Minos, y hallándole en un gran trono rodeado de su acostumbrada compañía, penas, guerras, malos espíritus y furias, quando llegamos, traian á ser juzgados muchos hombres atados en una larga cadena, y decian que eran adúlteros, rufianes, homicidas, lisongeros y calum-

lumiadores, vil canalla, con ánimo sobrado para qualquier atrevimiento. Por otro lado traian al tribunal, apartados de todos á los ricos, á los logreros, muy amarillos, hidrónicos y gotosos, y á cada uno ataron á una columna, y le pusieron encima el peso de dos talentos de hierro, que segun la opinion mas recibida, son trescientas y mas libras. Yo y mi compañero estábamos atentos á quanto allí se hacia y trataba, procurando entenderlo todo enteramente: los acusadores de las almas eran admirables y famosos. *Fil.* ¿Quiénes las acusan, así vivas? *Men.* ¿Nunca viste las sombras que estando detras del sol muestran los cuerpos? *Fil.* Ya las he visto hartas veces; mas ¿cómo puede ser, que las sombras de sus mismos cuerpos las acusen? *Men.* Pues ellas son sin duda las que nos acusan despues de muertos, ayudadas de otros ministros infernales, poniéndonos delante de los ojos, como testigos de vista, quantos pecados hicimos en la vida: porque á las sombras nada puede encubrírseles, porque siempre han seguido nuestros cuerpos. *Fil.* Notables cosas me cuentas. *Men.* Oye, así vivas, que voy diciendo adelante. Despues que Minos, Juez recto y riguroso, examina con diligencia las culpas de cada uno, los deputa á las penas y tormentos, donde eternamente han de pagar sus maldades: lastimosa cosa era ver ir á estos desdichados á los suplicios eternos, llenos de lágrimas, desesperaciones y dolores. Notablemente ví que se indignaba el Juez contra los ricos que por tener grandes tesoros, se habian ensoberbecido, andando muy hinchados, queriendo ser adorados de otros mejores que ellos, sin atender á la vanidad de las cosas que

estiman, y de lo poco que duran las riquezas que poseen: á estos tales ví que aborrecia Minos grandemente, haciendo burla y gracejo de su soberbia y fausto, como quien tan bien sabe que en muy breve tiempo han de venir á su juicio donde serán castigados rigurosamente, porque no se acordaron siendo mortales, de que lo eran tambien los bienes que poseian. Pardiez que los que de ellos ví yo entónces, no me causaban poca risa verlos desnudos sin aquellas pompas ricas, sin los magníficos estados, sin los honores y riquezas, puestos los ojos en tierra, confusos y avergonzados, sirviéndoles de tormento la memoria de la felicidad de que gozaron en la tierra, que ya entónces la juzgaban por sueño vano, por desdicha cierta y por eterna desventura: estaban con una inmortal tristeza, quejándose amargamente de que yo no me regocijaba poco. Á mas de dos conocí en aquella desventura, que aca en la tierra nunca hiciéron bien á nayde con sus tesoros: á estos me llegaba yo contento, y secretamente les decia al oido, para atormentarlos mas con las venturas pasadas, que se acordasen quán soberbios habian sido en la vida, con el desprecio que trataban á los que eran mejores que ellos, que mirasen quán diferentes estaban quando algunos iban á buscarlos á sus casas, que no solo se negaban y encubrian, pero mandaban á sus criados, que con atrevimientos y descortesias echasen de sus puertas á los que los buscasen, que les era forzoso hacerlo en las mismas calles, saliéndoles al paso para tener su audiencia; y que al fin saliendo ellos de sus casas vestidos de purpura, y adornados con joyas y cadenas de oro, pensaban que hacian dichosos y bienaventurados á los